

augusto nombre de esta pobre aldeana; y levanta á cada paso un monumento, que eternize las piadosas huellas que en tu suelo, fecundo de varones ilustres, dejó estampadas Catalina Tomas.

Estos son, señores, los primeros y sublimes rasgos de virtud que de Catalina Tomas se leen en su historia. Pero estos solo fueron felices presagios de los rápidos progresos que pronto habia de hacer en el camino de la perfeccion. ¡Qué sublimidad de ideas! qué conocimientos tan elevados del espíritu! qué desprendimiento tan singular del mundo! qué ejemplar de modestia en sus vestidos! qué amor de Jesus tan intenso! Observadla de cerca, y Catalina se os presentará vestida de groseros paños, de agudos y penetrantes cilicios: nunca se deja ver en los bailes y diversiones públicas, en donde la virtud tierna se sofoca y las pasiones levantan cabeza: el trato con su esposo la arrebata, y así es que despues de las faenas del campo pasa continuas y largas noches en la oracion, haciendo á su Majestad un sacrificio de sí misma y de sus haberes: á la sombra de un árbol ve arrebatada los augustos misterios que en la catedral se obraban: con su virtud sola aplaca á dos jóvenes, que encendidos en furor estaban en ademan de despedazarse: y en fin, ¿qué linaje de virtud es este, que se burla de los atractivos encantadores de este mundo, se resiste á los furiosos movimientos de las pasiones, desprecia los ardides del enemigo, amansa los soberbios, contiene á los disolutos, y que en las familias enemistadas lleva en sus manos el olivó de la paz?

Pero Dios, que desde el cielo dirige los pasos de esta tierna doncella, quiere consumir la grande obra que en ella ha empezado su diestra poderosa. Pero ¡cuán diferentes son los pensamientos de los hombres de los de Dios! Los tutores de Catalina, no respirando mas que intereses del mundo y de familia, la destinan para un honroso enlace, que en su concepto le hará su dicha y felicidad. Y para esto, ¡ó santos cielos! ¡qué de ardidés no usan! de qué estratagemas no se sirven! qué de violencias no practican! qué de injurias no vomitan! Corramos un velo sobre esta triste época de la vida de Catalina, y solamente atendamos á los impulsos del Espíritu divino, que la llama á que abandone la casa de sus padres, que olvide enteramente á su pueblo, y que vaya á consumir el grande sacrificio que desde sus primeros años ofreció al Eterno.

Detened un momento, señores, el vuelo de vuestra imaginacion, y considerad ahora el período mas brillante de la vida de Catalina. Castañeda, aquel venerable varon, que en las montañas de Valdemuza dejó eternizada la fama de sus virtudes, presenta á esta pobre aldeana á los conventos de santa Magdalena, san Gerónimo y santa Margarita, para que desentendiéndose del dote, la reciban gustosas en el número de las vírgenes dedicadas á Jesucristo. El Espíritu del Señor le asegura que se cumplirán en ella los amorosos planes de su providencia; y que á pesar de los esfuerzos del siglo, gustará de los dulces y sabrosos frutos de la tierra prometida. Pero las repulsas que experimentan en todas partes hacen vacilar á Castañeda, y á Catalina la dejan anegada en amargura y en llanto. ¡Quién me diera poderos trazar un corto bosquejo de la sublime y eficaz elocuencia con que aquel hombre de Dios persuadiria á las esposas del Cordero á la admision de su candidata, por su santidad extraordinaria, por sus virtudes heróicas, por los favores que el cielo la dispensaba! Yo os juro, les diria, por el Dios del cielo, que esta doncella entre vosotras os acarreará gloria inmortal, y hará pasar vuestros nombres de generacion en generacion.

En fin llegó el tiempo destinado para dar cumplimiento á los soberanos designios del Eterno. Las mismas que ántes despreciaban á esta pobre y rústica aldeana, corren presurosas para admitirla en su compañía. Pero tú, ó dichoso monasterio de Magdalena, fuiste el frondoso jardin, en donde trasplantada Catalina dió los mas opimos frutos de virtud. Congratulaos, esposas santas, por el hallazgo de esta piedra preciosa, que añadida á la diadema que ceñís, formará vuestra gloria y vuestro honor. Así es, Dios mio, que burlais los designios de los hombres, y les haceis ver que de nada sirven la plata y el oro, cuando quereis elevar el pobre al colmo de la grandeza.

Colocada ahora Catalina en el honroso empeño de ser exactamente fiel á las nuevas obligaciones que con su esposo ha contraído, ¿cómo desempeñará los altos deberes unidos á la sublime dignidad de esposa del Cordero? Olvidad, señores, os ruego, todo lo que habeis oído hasta aquí, y representaos nuevos ejemplos de virtud heróica, nuevos rasgos de amor el mas intenso, nuevos enlaces con su esposo, y un nuevo campo cubierto con flores las mas odoríferas de santidad. Perfecta copia

del divino original Jesus, estampa en sí misma las gloriosas huellas de este soberano Redentor. En su humillacion y abatimiento aprende la humildad mas profunda, que la enseña á despreciarse á sí misma, á anonadarse á los piés de todos, á ocuparse en los oficios mas bajos de la comunidad, á encubrir secretamente los dones del espíritu, á rehusar con constancia los empleos honoríficos de la religion, á fingirse tonta entre sus hermanas, y á considerarse por la mas necia esposa de cuantas moran en los tabernáculos del Señor. Humildad profunda, que la anonada como á Pablo, que la deprime como á Francisco; y que la confunde como á Teresa.

En la desnudez del Salvador aprende Catalina la pobreza mas extrema, que le inspira un total desprendimiento de sí misma; extremo horror al lujo y vanidad, y que le hace mirar á la suma indigencia como á su único patrimonio. Pobreza extrema, que la alegra como á Alcántara; que le place como á Clara, y que hace sus delicias como á Paula.

En el cumplimiento del Salvador á los soberanos decretos de su Padre, aprende Catalina la obediencia mas ciega, que la enseña á cortar la conversacion con un respetable religioso para obedecer al primer toque de la campana; á tolerar penosísimas molestias á la menor insinuacion de su superiora; á probar una bebida inmundísima, porque así le decian estaba mandado; á dejar sus amorosos éxtasis en medio del fervor mas encendido; á subir y bajar escaleras con los ojos cerrados; y á presentarse al torno, al locutorio, y á otros parajes, como instrumento inanimado y víctima ciega de la obediencia. Obediencia sin ejemplo, que la hace sufrir como á Pablo, callar como á Ignacio, y despreciar trabajos como á Javier.

En las amorosas llagas de Jesus bebe Catalina el amor mas intenso á su Dios. Le contempla en el silencio de la noche; le llama en el secreto de su corazon; suspira por él en todas partes; le abraza, le acaricia, le estrecha; y protesta solemnemente que nada hay capaz de apartarla de su amor. Amor grande y extraordinario, que la hace desfallecer como á la esposa de los Cantares; que la derrite en suavidades como á Felipe Neri; y que la hace morir como á la Magdalena.

En las espinas y azotes de Jesus aprende Catalina la mortificacion mas severa. Émula de los Pablos y Antonios, renueva en el claustro las austeridades y rigores que hicieron estreme-

cer las espantosas grutas de la Nitria y de la Tebaida. Contemplad á Catalina trasformada en un cadáver viviente, extenuada con los ayunos, consumida con las vigiliass, inundada en lágrimas, vestida de un tosco saco, ceñida de ásperos cilicios, y alimentada escasamente con manjares que su industria vuelve insípidos. La misma penitencia se estremece al escuchar los pavorosos estruendos de disciplinas y cadenas con que desgarrá inhumana aquella carne santificada tantas veces con la uncion del Espíritu santo. Su imaginacion le abulta las infidelidades á su esposo, y despues de haberse calumniado y apropiado á sí misma los humillantes epítetos de mujer ruin, de abismo de iniquidad, de monstruo de ingratitud, vuelve á empuñar otra vez la espada de la penitencia con que añade rigores á rigores, vigiliass á vigiliass, cilicios á cilicios, disciplinas á disciplinas, y ejercicios laboriosos que no dejan respirar al amor propio, y que hacen el círculo de su vida. Penitencia asombrosa, que juntó en la sola persona de Catalina los inhumanos suplicios que inventaron los Domicianos, Majencios y Fálaris; esto es, los toros de bronce, las parrillas encendidas, los garfios bien afilados, y las catastas mas crueles.

¿Y qué dirémos de las otras virtudes que resplandecieron en Catalina, capaz cada una de por sí de hacerla la mayor santa que se lee en los anales de los tiempos? No abusemos mas de vuestra paciencia. Esta es la obra del Señor, y mi tosco pincel la desfiguraria si me empeñara en hacer resaltar sus colores. Os lo diré en compendio: Catalina en el claustro observa un silencio inviolable, oracion continua, soledad impenetrable, contemplacion extática, fervor indecible, austeridad asombrosa, divorcio eterno con la tierra, perfecta abnegacion de sí misma, humildad profunda, pureza acendrada, obediencia ciega, pobreza extrema, caridad ardiente, celo activo, fidelidad inalterable, candor, sinceridad y amor inmenso á su Dios.

Así es que se han cumplido los designios amorosos del Señor sobre esta pobre aldeana, elevándola al mas alto grado de perfeccion evangélica, y llegando hasta la cima encumbrada de la santidad. ¿Y quién será capaz de derribarla? Edificio tan majestuoso edificado sobre sólidos cimientos ¿quién le arruinará? El Señor es su amparo, su númen, su guarda; y así no temerá las saetas envenenadas tiradas del arco de los fuertes. Señores,

es preciso que considereis á Catalina hecha el blanco del enemigo del género humano. No hablamos ahora de delicias celestiales, de suavidad interior, de dulzuras del espíritu. Hablamos sí de tentaciones horribles, de combates fieros, de luchas sangrientas. Todo el abismo se pone en movimiento para eclipsar para siempre la gloria de Jerusalem. Se declara contra ella el demonio que afligió á Saúl, el espíritu malo que acabó con la vida de los esposos de Sara, el Leviatan atrevido que afligió á Job; el espíritu inmundo que se acogió á los cerdos, y el espíritu Piton que poseía la muchacha que curó san Pablo.

Pero ¿y quién resistirá á tan furiosos enemigos? Enemigos de la castidad: ya la provocan á las acciones mas torpes con ademanes indecentes, con palabras escandalosas, con gestos impúdicos: ya le presentan jóvenes desnudos revolcándose en la lascivia y hediondez, y le hacen sentir los ardores de la concupiscencia, de que no estuvo libre san Pablo; y ya la lisonjean con los ejemplos de David, de Salomon y la Magdalena. Enemigos de la humildad: tráfsmados en ángel de luz, la alaban, la adulan con los honrosos epítetos de virtuosa, de mortificada, de santa. Enemigos de la perseverancia: ermitaños fingidos que la exhortan á descansar en sus tareas, que ponderan el arduo empeño de la virtud, que le ofrecen alcanzar de su Santidad la solución de sus votos. Enemigos de la oración: figuras horribles que la perturban, gritos lastimeros que la distraen, monstruos horribles que la espantan, imágenes horribles que la asustan, y vocería interminable que la inquieta. Enemigos de la vida: la azotan cruelmente; la abofetean sin piedad; la tiran contra las paredes; la despeñan de los montes; la sofocan en las aguas; le rompen los huesos; la llenan de heridas, y le clavan un clavo en la garganta. Enemigos de la caridad.... Pero, ¿y será posible, Dios mío, que dejéis por mas tiempo á vuestra nación santa expuesta á los maliciosos tiros de los amorreos y gebuseos, pueblos que no os conocen, y que blasfeman vuestro nombre? Conózcase, Señor, que hay Dios en Jerusalem, y endulzad las amarguras que oprimen el corazón de Catalina. Espíritus bienaventurados, anunciadores de paz, ángeles tutelares de Catalina, santos patronos de nuestra heroína, sostened á esta valerosa Judit, que pelea en las batallas del Señor. Que vuestros ruegos la defiendan; que vuestra protección la ampare;

que vuestra ayuda la fortalezca; y que vuestros favores le hagan olvidar el cautiverio de Babilonia, y cantar ufana los triunfos del Señor.

O! y qué hermosos y bellos son tus pasos, hija de Sion! Tú eres semejante á la cabra montes, á los collados de nieve, á las torres de David. Enamorado el esposo de tu hermosura, corre en pos de tí por los valles, por los montes, por las plazas, por las ciudades. Te halla, te abraza, te introduce en las bodegas celestiales, en donde embriaga á tu espíritu con los dulces licores del amor. O vosotros, guardadores de las viñas, no desperditeis á mi querida, que duerme en paz el sueño profundo de éxtasis suaves, de arrobos amorosos y deliciosos deliquios, que la enajenan, que la trasportan, que la arrebatan como á Pablo hasta el cielo en do tengo mi morada, y por espacio de veinte y un días contempla al sumo Bien con toda la claridad que se presenta á los bienaventurados; le goza, le ama, le adora, y oye aquellas palabras misteriosas que no se concedió proferir á ningun hombre mortal.

Estos fueron, señores, efectos de la particular providencia con que el Eterno velaba sobre la conservación de Catalina. Providencia que la animaba en los combates, rodeándola de luces celestiales, imprimiendo en su espíritu los mas altos conocimientos de la Divinidad, y haciéndole correr los espacios de lo futuro. Providencia que contraponía á las figuras horrorosas del abismo dulces imágenes de Jesus, ya rodeado de resplandores, ya con los oprobios de la cruz, ya con la gloria del pesebre, comunicándose á su espíritu, y familiarizándose con ella: imágenes de María, que la acariciaba, la bendecía y enjugaba sus lágrimas. Providencia que la alimentaba en sus ayunos con el cuerpo de Jesucristo administrado por manos de ángeles, de santa Catalina y del mismo Salvador. Providencia que la socorre en sus necesidades, destinando á los santos médicos para que le curen una costilla rompida; á santa Catalina, á que haga lo mismo con las heridas de su cuerpo; á las santas Clara y Praxedes, para que la ayuden en sus bordados; á san Antonio, á que la conduzca por la mano en una noche tempestuosa; á la misma santa Catalina, á que le lleve un pan de azúcar delicioso, á que le corte los cabellos, y á que le limpie la cabeza. Providencia, en fin, premiadora de sus virtudes, de sus trabajos, de su cons-

tancia con el goce de la bienaventuranza, y con la union eterna con su amado.

Bendigamos pues, católicos, su memoria; pues en ella se han cumplido las promesas que al justo hace el Señor por boca del Eclesiástico. Que su nombre sea escrito en nuestros anales con caracteres de oro: y sus virtudes entállense en bronces para nuestra perpetua gloria en las generaciones futuras. Y reunidos al rededor de su sepulcro glorioso, contemplemos aquella víctima que consumó su vida á impulsos del amor, que el cielo piadoso nos dió para consuelo y honor de la Iglesia, y para nuestra proteccion y confianza. Tributémosle los mas sinceros homenajes de gratitud, y dirijamos á ella nuestros votos, para que á sus ruegos el Todopoderoso nos llene de bendiciones, y nos asista con las luces de su gracia, para que con este auxilio celestial, caminemos por las sendas de la virtud, y lleguemos á gozarle en la eterna bienaventuranza de su gloria que para todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN CAYETANO.

(DE SANTANDER.)

Querite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis.

Buscad pues primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

S. Mat. c. 6. v. 33.

Nada vemos con mas frecuencia en el mundo que buscar todos los hombres su felicidad, y nada mas raro que hallar hombres verdaderamente felices. Si los hombres formaran ideas rectas de las cosas cuando buscan su felicidad, y acompañaran su razon con las luces de la fe, seria incomparablemente mayor el número de los dichosos; pero dando á sus luces naturales una esfera superior á la que les corresponde, se persuaden que podrán llegar con sola su razon al templo de la felicidad, y cuando ya se imaginaban á sus puertas, se encuentran miserablemente engañados á muchos grados de distancia. Piensan unos, como los Midas y los Cresos, que la felicidad consiste en las riquezas, y para conseguirlas rodean el mar y la tierra por entre innumerables peligros de alma y cuerpo: sudan, se afanan y fatigan conducidos de la insaciable sed del oro, y cuando al fin de sus dias han juntado sus tesoros, los sorprende la muerte, y los arroja desnudos en un sepulcro, dejando en manos ajenas cuanto habian adquirido con inmensos sudores y fatigas. Estos esperaron en la multitud de sus riquezas, y quedaron engañados en su vanidad (1).

Persuádense otros que la felicidad consiste en las conquistas, en la adquisicion de nuevas provincias y nuevos reinos; y para llevar á debida ejecucion sus fantásticos proyectos, botan al

(1) *Psalm. 51. v. 9.*